

EL HOMBRE QUE NO QUISO SER MINISTRO

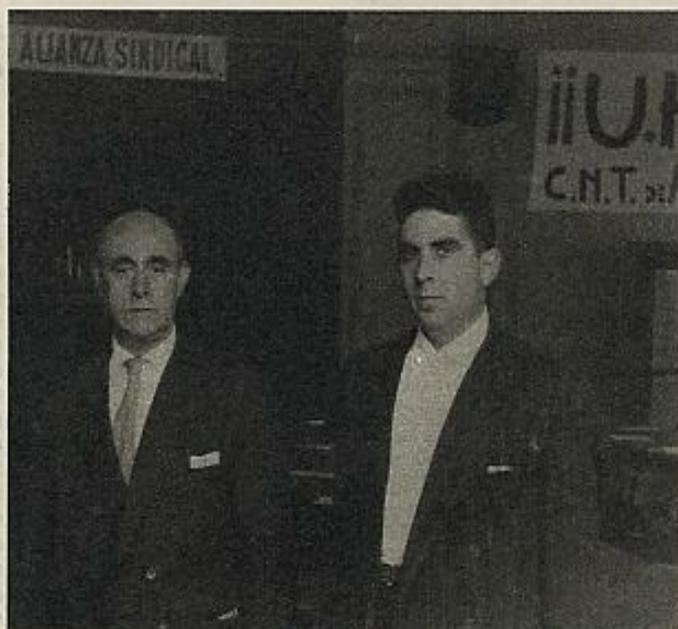
TENIA ochenta y dos años y el entusiasmo optimista de un muchacho de quince; desahuciado por los médicos, sabiéndose próximo a morir, luchaba sin desmayos contra la enfermedad incurable y todavía trazaba planes de actuación ambiciosa. No para sí, claro, que nada ambicionaba ni podía ambicionar ya, sino para las ideas y la organización a que había consagrado toda su existencia. Así, como siempre había vivido, murió en Madrid, el viernes 11 de agosto de 1978, un gran luchador sindicalista: Antonio Moreno Toledo.

Es posible que su nombre diga poco o nada a la mayoría, porque, conforme tengo escrito en repetidas ocasiones, las figuras señeras del anarcosindicalismo español —Lorenzo, Mella, Seguí, Villaverde, Peiró, etc.—, si gozan de extraordinaria popularidad en el proletariado de su tiempo, son siempre ignoradas o mal conocidas en los medios políticos e intelectuales del país, acaso como consecuencia de su visceral rechazo de las contiendas electorales y de los puestos de relumbrón.

Consagrado desde la infancia a la lucha por la emancipación proletaria, Antonio Moreno, que conoce las cárceles en todo los regímenes por que ha pasado España en el siglo XX —Monarquía, Dictadura, República y franquismo—, figura hace sesenta años entre los fundadores del sindicato madrileño de Agua, Gas y Electricidad. Hombre de extensa cultura, de pluma suelta y palabra fácil, combate en la tribuna y en la prensa, escribiendo centenares de artículos y participando en millares de asambleas, mítines y actos de propaganda. Sin dejar de trabajar un solo día, ganándose siempre el pan con el sudor de su frente, predica con el ejemplo y logra atraer hacia sus ideas a millares de obreros, entre los que se encuentra, por citar uno sólo, Cipriano Mera.

Cuando empieza la guerra de España, Antonio Moreno es un hombre de cuarenta años, alto, corpulento, que no rehúye sacrificios ni riesgos; ocupa acciden-

talmente la secretaría del Comité Nacional de la CNT, ya que el secretario designado —David Antona— se encuentra preso en unión de cantaneros de compañeros a consecuencia de la huelga de la construcción. Moreno sabe estar a la altura de su deber en estas horas críticas. Delegados del Comité Nacional salen para todas las regionales con instrucciones concretas; movilización general de trabajadores, requisas de armas, reapertura de locales sociales y huelga general revolucionaria como réplica inmediata a cualquier intento fascista.



Antonio Moreno —izquierda—, París, 1955, en plena lucha por la constitución en España de la Alianza Sindical.

Al anochecer de ese día dramático, cuando Casares ha dimitido y Martínez Barrios empieza a intentar una maniobra fracasada de antemano, Antonio Moreno irrumpe en los estudios de Unión Radio y lee un vibrante manifiesto del Comité Nacional de la CNT, disponiendo la lucha sin cuartel contra la intentona subversiva y declarándose en huelga en todas las localidades en que se pretenda implantar el estado de guerra. (Esta misma noche comienza en media España la huelga revolucionaria; mañana, los obreros confederales

de Barcelona aplastarán en las calles la sublevación y pasado mañana los madrileños contribuirán a conseguir el mismo resultado en Madrid.)

El final de la guerra le sorprende, en unión de otros treinta mil antifascistas, en el puerto de Alicante, convertido en gigantesca ratonera para los últimos combatientes republicanos. Tras unos meses de encierro en el campo de concentración de Albaterra, Moreno consigue escapar y con documentación falsa trata de ganar la frontera. La Guardia Civil le detiene cuando intenta cruzar a pie los Pirineos

por la misma causa, escribiendo en la prensa libertaria, interviniendo en mítines, plenos y asambleas, organizando colectas en beneficio de los que siguen actuando en el interior y procurando auxiliarles en todas las formas. Pero, pese a su intensa labor, ni entonces, ni antes, ni después quiere ser una carga para la organización y no admite de ella un solo céntimo como ayuda personal. Trabaja primero como simple peón de la construcción; más tarde, como electricista de ascensores, ocupación en la que persiste hasta que, ya cumplidos los setenta años, es dado de baja y jubilado, más que por la edad, por una molesta enfermedad circulatoria.

Pero Antonio considera que aún puede ser útil a sus compañeros y regresa a España para seguir luchando por la organización.

Con setenta y cinco, con setenta y ocho y hasta con ochenta años, Moreno, que da muestras de una extraordinaria vitalidad, contribuye con todas sus fuerzas y energías a la reconstrucción de la Confederación Nacional del Trabajo. En su labor clandestina recorre media España, cambiando impresiones y aunando criterios con compañeros de Cataluña, Levante, Asturias, Galicia y Andalucía. Pone en marcha diversos sindicatos y en Madrid concretamente figura entre los impulsores del de Artes Gráficas. En 1976, Moreno tiene que interrumpir su labor para ser sometido a una delicada operación, motivada por un cáncer intestinal. A los dos meses escasos está de nuevo en pie, escribiendo artículos como corresponsal madrileño del "Combat Sindicaliste" parisiño, interviniendo en plenos y asambleas, dando charlas en los ateneos libertarios y sin preocuparse en absoluto por su deficiente estado de salud. A comienzos de 1978, la aparición de una serie de metástasis le fuerza a guardar cama en diversos períodos y a someterse a nuevas operaciones, en el curso de una de las cuales su corazón deja de funcionar. ■ E. DE GUZMAN.

En Francia continúa luchando